

La reinención
de la
Malinche
y lo judío marrano en el mexicano
Un inventario psichistoriográfico-junguiano

Arquetipos e identidad

MANUEL ACEVES

Para don Eulalio

Si mis ideas no se corresponden con el mundo,
tanto peor para el mundo.
Hegel

1. El resentimiento, leit motiv de la cultura nacional
Veinticinco años me tomó investigar y escribir mis “obras completas”: Alquimia y mito del mexicano. Aproximaciones desde la psicología de C.G. Jung (con “El culto a la silla” de Apéndice), Antilaberinto, Canasta de temas mexicanos y junguianos e Historia occidental de I Ching y otros ensayos (“Emma Jung y el feminismo”, “Vasconcelos y los herederos del yoga”, “Epidauro o la cura por los sueños”, “Die Traumdeutung cien años después”, “Lacan y los sueños”, “La conseja o cuento de hadas” e “Historia de una infamia: Fromm contra Jung”, complementado este último de una entrevista al psicólogo suizo, donde a futuro confuta las calumnias del psiquiatra vecindado en Cuernavaca); y al cabo, decidí colgar la pluma. Conviene declare aquí el motivo de esta retirada, no porque en las tertulias se me haya “anulado” con el ninguneo de peu famé, parvenu, etcétera.

Palo dado, señoras y señores, ni Dios lo quita, y éste es el caso. Lo que no dicen es que un outsider, un sniper callejero sacó de la clausura de los entendidos el pensamiento de Carl Gustav Jung, traduciendo sus absurdos conceptos a un lenguaje claro y distinto –de acuerdo a la preceptiva latina de claridad y sencillez– y



Guadalupe Rosas

poniendo al alcance de cualquier lector el meollo de su psicología, la cual –por cierto– no se reduce a una terapia analítica y psiquiátrica, sino que representa una nueva concepción del hombre y del mundo y a la que puede designarse psicoide, pues los arquetipos del inconsciente colectivo participan de la naturaleza física, tanto como de la psíquica.

Solamente un intelectual ha sido generoso conmigo, el antropólogo y estudioso de las religiones antiguas, Luis Barjau; el resto, que forman multitud y se dicen ahora “janguianos”, no citan la fuente ni a mí como intermediario.

“Alquimia y mito del mexicano –ha escrito Barjau– abre una nueva discusión sobre muchos asuntos de interés político, histórico, social, espiritual. La pista para entender los factores más precisos acerca de nuestra identidad está en las complejas características de la deidad más antigua del panteón mesoamericano, Tezcatlipoca. Otra virtud del libro estriba en que logra convertirse en herramienta de análisis; con eso genera la fascinación del lector que tiene entre sus manos un método de análisis casi impermeable, sin que esta totalidad acabe por convertirse en una teleología.”

Sean cuantos que el ninguneo es sólo un ardid de mediocres para curarse en salud; o bien se “platica” entre las mafias dizque para “descalificar” y “ahuyentar” con el petate del muerto a los insumisos. El vacío es lo único intolerable para el Sistema, el quedarse sin mitos e ídolos, aunque se nos humille y ofenda de hijos de “la Chingada en Persona”, de “la ramera del conquistador”, de “la Gran Prostituta Pagana”.

O sea, más de 150 millones de mexicanos –contando los indocumentados y chicanos estadounidenses–, no somos sino unos motherfuckers around the world in more than 80 languages, gracias a las boutades, denigración y menosprecio que les merecemos a los

laureados y multipremiados Octavio Paz, Carlos Fuentes y otros mandarines menores, como Roger Bartra.

Una sociología, una antropología psicológica, una ciencia política, una forma de psichistoriografía se hallan implícitos y aún sin categorizar en la teoría arquetípica de Jung.

Pues bien; con el enfoque de ese método “casi impermeable” que nombra Barjau, acopí de fuentes originales cinco siglos de información en torno a doña Marina, La Malinche, tratando de descifrar el mensaje en clave dejado en el aire por Justo Sierra, ya que, como positivista, no podía incorporar el mito en el estudio de la historia.

El dilema que planteó, reza así: ¿por qué “los admiradores retrospectivos de los aztecas [los indigenistas] han llamado traidora a Malinali y los aztecas la adoraban casi como a una deidad”?

Y seguidamente, ¿qué quiso decir don Justo con: “La Malintzin, la lengua, es el verbo mismo de la Conquista”?

Lo primero en hallar, es que no era ella como la pintó Miguel Covarrubias, monero al estilo mexican curious, o el gran manco José Clemente Orozco, cual naca fea, trezuda, bustona y ventruda, sino: “Hermosa como diosa”, según refirieron unos indios viejos a Diego Muñoz Camargo, de testigos de vista, así como Bernal Díaz del Castillo: “de buen parecer y entrometida y desenvuelta”, “de belleza nada vulgar” (Cristóbal de Aldana), etcétera. Luego, en el cronista Diego López Cogolludo encontré la piedra roseta que ha permitido desentrañar el misterio de la misión de Marina: “...fue una india andrajosa, una esclava, la que dio vida a todos los españoles en la Nueva España.”

Se infiere entonces que no era una pendeja, ni “una irresponsable” (José Luis Martínez), la “putilla” que nos parió a sus 15 años de edad, sino la gray eminence y brazo derecho de Hernán Cortés: “...es la intermediaria con los caciques –acota su erudito biógrafo, Mariano G.

Somonte-, pero no como su intérprete sino como colaboradora con amplios poderes, pues dada su astucia y agilidad mental, soluciona problemas que los españoles no podían captar... no se limita a pasar recados, sino que de motu proprio toma iniciativas para ayudar a someter y captar la voluntad de los indios.”

Hija del cacique de Painala y de muy niña entregada a unos mercaderes de esclavos por su desnaturalizada madre para despojarla de su señorío, el propio Cortés, capitanes y tropa la trataron siempre de doña, pues “ninguno de los invasores era fidalgo, ni noble” (Salvador de Madariaga) como ella.

“Doña Marina era persona principal y todas las personas principales le hacían mucha honra y buen tratamiento.” (Alfonso Herrera.)

A Malinche todos le han escamoteado la conquista de México: España, la Iglesia, Cortés; una sola mención, mezquina y sin caso, es cuanto a éste le merece: “...la lengua que yo tengo, que es una india de esta tierra que hube en Putunchán.”

Pero bien que la lloró a su muerte, entre las primeras víctimas de la peste abrasadora que azotó a la Ciudad de México; “fuera de sí”, le oyó Gonzalo Rodríguez de Ocaña que al cielo juraba: “Después de Dios, doña Marina fue parte para que esta Nueva España se ganara.”

¿Amó Cortés a Malintzin?, se preguntan los rebuscadores y los ignaros de los anales de la conquista. Una mujer mal correspondida, no habría andado en tantos combates, torturas, interrogatorios; en complicadas gestiones políticas y diplomáticas; en demandas, súplicas e intrigas; a menos que se sintiera instrumento de un destino superior.

En todo caso, ésta sería la duda.

Mas de entre todos los vástagos legítimos e ilegítimos que engendró, al que prefería Cortés y quiso entrañablemente era Martín el Mestizo, el hijo que tuvo con

ella, quien con el otro Martín, el Marqués, fueron encarcelados y torturados de oponerse a la dominación colonial.

Y como faraute (intérprete), secretaria y principal asistente de Cortés, no era poco el monto que le correspondía de los saqueos y rescates de guerra; pero jamás se le vio reclamar o que “tomara cosa alguna” de lo despojado a los indios (Bernal Díaz).

Y antes del arribo de los misioneros, había ya en Nueva España más de un millón de indios convertidos al cristianismo.

¿Quién si no ella los atraía y convencía en su propia lengua?

Días hubo en que el padre Bartolomé Olmedo, capellán de la flota, bautizaba hasta 15 mil indígenas. Empero, ¿dónde está el monumento y la ratificación del Vaticano a la primera catequizadora de América?

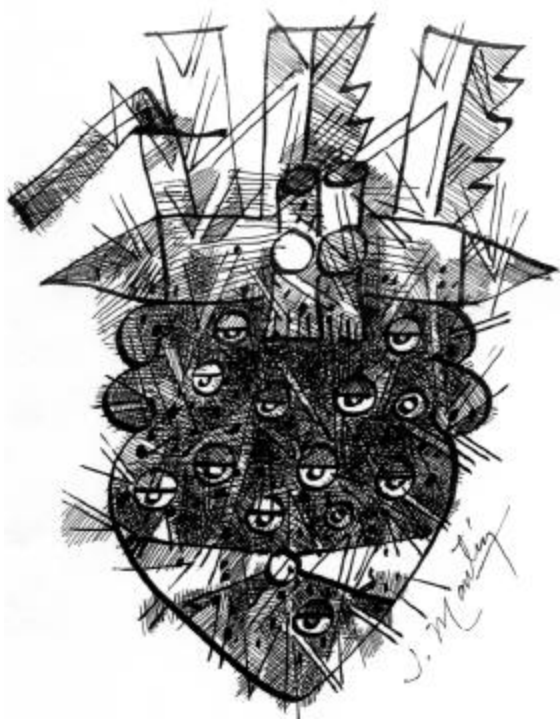
“Malinal Xóchitl [Malintzin] fue la diosa –escribe su enamorado, Gutierre Tibón– que se oponía al sacrificio humano y la mujer graciosa por cuya participación en la conquista se acabaron tales holocaustos.”

Por infusa inteligencia y su iniciación en dos religiones, La Malinche vio en el mito de Quetzalcóatl el resorte de la conquista, así como en la diplomacia, el arte político de “divide y vencerás”, enfrentando entre sí a las tribus.

Por ejemplo, así traducía a los jefes y caciques: “Estos teúles dicen que...” (Diego Durán.)

Y nadie más que ella convenció a Moctezuma entregara pacíficamente su reino a Carlos V-Quetzalcóatl, cuyo “enviado” era el capitán Cortes, de suerte que la conquista de México pudo ocurrir sin más derramamientos de sangre.

“...tengo por cierto, y así vosotros lo debéis tener –tal cual vertió Marina al español la arenga del emperador a los gobernadores de la tierra–, que aqueste es el señor que esperábamos [el rey Carlos]... y pues nuestros



Jesús Martínez

predecesores no hicieron lo que a su señor era obligado, hagámoslo nosotros, y demos gracias a nuestros dioses porque en nuestros tiempos vino lo que tanto aquellos esperaban. (Cartas de relación.)”

Pero estaba escrito que, en ausencia de Cortés, el matón Pedro de Alvarado, a cargo del mando, desata- ra la matanza del Templo Mayor...

Ahora bien; ¿cómo debe tomarse lo que constata Díaz del Castillo y confirman varios relatores indígenas, pero que acalla Martínez y, en general, todos los inferiores –en el sentido de Nietzsche–, “resentidos, envidiosos y apabullados por la fuerte personalidad y el genio de La Malinche” (Hilda Krüger)?

“Doña Marina tenía mucho ser –asienta el peón-cronista– y mandaba absolutamente entre los indios de toda la Nueva España...con ser mujer de la tierra, qué esfuer- zo tan varonil tenía... jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.”

Historiadores y comentaristas fueron todos con el cuento de que: “Marina era tenida por diosa debido

al conocimiento que había adquirido de la nueva lengua [‘en breves días aprendió la castilla, que parece haber sido caso milagroso’: Alva Ixtlixóchitl]”, pues otra razón no alcanzaron para explicarse ese “desvarío” de los indios, en la realidad, una proyección o transferencia psíquica, fenómeno inconsciente descubierto por Freud en el individuo y por Jung colectivamente; id est, cuando se atribuye a un mortal las cualidades sobrenaturales propias de los dioses.

Todos los indios, no nada más los aztecas, vieron en ella a la antigua Diosa Madre Cihuacóatl, la Mujer Serpiente, madre de todas nuestras madres, de Tonantzin, de Chimalma, de Coatlicue; y acaso presintie- ron a la diosa final: Guadalupe.

Si no, ¿por qué endiosaron a una india hermosa, cristianizada e hispanohablante y se dejaban “mandar por ella absolutamente”?

Eso fue lo que intuyó el maestro Sierra: Anima natu- raliter christiana [“El alma es cristiana naturalmente”] (Tertuliano) y que no pudo demostrar científicamente a sus contemporáneos: Malinche reflejaba el ánima colec- tiva del indígena conquistándose a sí misma.

Sin esta condición subjetiva no habría bastado la otra condición, la objetiva, para que se conquistara un imperio, que iba de Zacatecas a Honduras.

¿Qué se creía Paz y qué se creen Fuentes y Bartra?

¿Que con una mentada de madre podían soslayar su ignorancia supina y falsear con el rencor la realidad histórica?

La conquista sería inexplicable sin la participación de la diosa-niña, Malinal Xóchitl, pues ¿cómo fue posible que una cuadrilla de 500 aventureros –cien de ellos marineros, ajenos al arma–, con 16 caballos, varios perros de guerra y unos cañones oxidados sometieran al temible tlatoani y sacerdote-guerrero, Moctezuma II, y a sus ejércitos, de más de 300 mil combatientes?

Cherchez la femme!

Doña Marina, Malinali, Malintzin o Malinche

(1504?-1527) fue el “genio de la conquista” (Jean M. Babelón), la fundadora del México moderno y madre de la nacionalidad.

2. Ecce homo: el yo está en los sueños,
no los sueños en el yo

En verdad, la causa de mi prolongado silencio obedeció a que, de tanto leer a Jung, se me secó el cerebro y casi vine a perder juicio: escuchaba una vocecilla que veces me decía “¡Zafarí!”, veces “¡Sefardí!”.

Pensé que se trataba de un brote esquizofrénico, o de un flash ahead por andar jugando a las “canicas planetarias” (Donovan) con el inconsciente colectivo, en ocasión de algún viaje de LSD.

Mas, cuando es leve, puede superarse una esquizofrenia si, primero, se toman con serenidad sus manifestaciones y, acto seguido, se cuestiona: ¿Quién y de dónde eres, Sefardí o Zafarí?

No obtuve respuesta; pero me sobrevinieron desagradables padecimientos psicósomáticos y una aguda depresión, seguida de un sueño terrorífico, a saber: una presencia ominosa me impone sacar de un frasco el cuerpo muerto de un niño conservado en una sustancia, lo como, despierto y paso la noche en vela tratando de olvidar su sabor.

Cuanto más patológicas, más sanadoras son las pesadillas, así no se comprendan; pero si el sujeto logra sobreponerse de su horror y procesarlas de alguna manera, un torrente de ideas novedosas, cargadas de energía, irrumpe en la conciencia y cesan los síntomas malsanos.

Por descontado, no entendí su “mensaje”, y no hacía sino mal hablar de la Yegua Nocturna:

–¡Qué chingadera me hicieron manducar contra mi voluntad!

¿Quién no ha vivido tales experiencias oníricas?

¡Mentira que uno controle y decida la peripecia mientras sueña!

En esto, justamente, estriba la ontología de Jung: antes de ser-en-el mundo, el hombre es-en-la-psique (esse in anima):

“La psique no se halla en el ser humano; es él quien se encuentra en la psique. (Evangelos Cristou.)”

En otras palabras, como realidad transpsíquica, el inconsciente colectivo está fuera del tiempo, así como del espacio, razón por la cual sus manifestaciones arquetípicas, mitológico-simbólicas, aparecen siempre las mismas en las culturas y religiones de los pueblos más alejados y extraños entre ellos, sin relación de época y lugar; como, por ejemplo, la Cruz de Palenque, o el rito azteca del teocualo, sorprendentemente parecido a la eucaristía cristiana, “y que en virtud de su notable semejanza con la misa, provocó no poco terror entre los severos misioneros españoles del siglo XVI” (Jung).

Como decía, aquella “carta del otro mundo” (definición romántica del sueño, adoptada por Freud) demandaba toda mi atención, pues una angustia, una ansiedad, una desesperación me asaltaban si la reprimía o la ignoraba.

De repente, una noche sonó por toda la casa el eco de la misma voz, lo cual –según es conocido– es un síndrome inequívoco de esquizofrenia incurable: escuchar parlamentos ya no interiormente, sino también desde afuera.

–¡A la jineta de la Nightmare, derecho al Fray Bernardino Álvarez! –sentí el miedo pánico con el que el dios Pan da la bienvenida a los locos (de aquí, el calificativo a este peculiar terror).

“Sefardí, es el judeo-español –entre mí, muy en serio, empecé a dialogar con la voz–; pero zafarí nunca lo había escuchado ni leído, dímelo tú.”

En ocasiones, suelen respondernos estas “almas” inconscientes, “arquetipos” o “complejos autónomos”; y lo que más asusta y desquicia es que nos llamen por el nombre y saquen a relucir lo que preferimos ocultar.

Sin intencionalidad, automáticamente consulté el Diccionario de Autoridades, y ahí estaba la respuesta:

“ZAFARI. adj. que se aplica a la granada, que tiene los granos quadrados. Covarrubias dice que es voz Arábiga, que vale Africano, u Argelino. Traheho también Nebrixa en su Vocabulario. Lat. Apirinum, i. Mali punici species.”

¿Y el sueño?

“A todas luces, no es personal sino colectivo [arquetípico], de las capas más hondas del inconsciente” –me consolé con esta profunda perogrullada.

Cuando caigo en un cul-de-sac, máxime como éste, acostumbro interpelar al I Ching; le pregunté: ¿Eran satánicos mis antepasados?

Obtuve el hexagrama 56, Lü, El Andariego: “El trahumante no tiene morada fija; su casa es el camino.”

–Ah bueno, mañana le sigo... Ven, Robespierre –llamé a mi perro, apodado así no por feroz sino porque salió tan guapo como el jacobino, mezcla de doberman y labrador–, ven para que te hornees...

A mí, el hash me ataranta, pero no habiendo más, encendí uno de los porros importados –regalo de Lúder, que prefiere el peyote, entrecruzado con mezcal–, me recosté en un diván, intenté poner la mente en negro y reposar.

Para curarme de Jung, de terapia leo el Quijote y ah, la Historia de los heterodoxos españoles: no hay prosa más excelsa, perfecta y cristalina que la del joven inquisidor, Marcelino Menéndez Pelayo. Abrí al azar el tomo primero de su obra, y en la página 638 encontré lo siguiente:

“Ricos e influyentes los conversos, mezclaron su sangre con la de nobilísimas familias de Castilla y Aragón, fenómeno social de singular trascendencia, que muy luego produce una reacción espantosa, no terminada hasta el siglo XVII.”

–¡Clarín corneta, Robespierre! –exclamé–, mi tía

Pancha Aceves tenía razón: venimos de un tal Yhudá fi Ezzes, rabi en la antigua Guadalquivir anatematizado y expulsado de su grey por seducir doncellas y folgar con moriscas; se refugió en la Nueva España y aquí mudó su apellido por el de Aceves, se dedicó a la engorda de puerkos en lo que hoy es La Piedad de Cabadas, vivió amancebado con criollas, negras e indias y pobló el Bajío de su descendencia, de Guanajuato a Michoacán y Jalisco.

Y ya entiendo el porqué una hermana mía judaizara, siendo parroquiana de El Altillio; de buenas a primeras, con marido e hijos partió a Israel; allá, ordeñaba vacas en un kibutz, pero aprendió y habla como suya la lengua hebrea.

–¡Marrano soy, Robespierre, y moro, español, indio y africano, qué le voy a hacer!

¿Y el sueño?

Tenía que hallar a un cerrajero en hermenéutica que me abriera las puertas al inframundo de Ditis, de donde vienen las pesadillas más espantables; empero, si holgaba un solo rato en la pesquisa, volvía a sentir aquellos malestares valetudinarios. ¿Por qué así me asediaba el inconsciente, si mucho le he servido, divulgando la buena nueva de Jung?

Bajo su yugo y esclavitud, yo no he vivido, he leído...

“Inconsciente –decía Jung–, quiere decir eso: lo que no se sabe, lo absolutamente desconocido, y no facilitaré yo las cosas a los farsantes, aventureros y advenedizos; solamente los esforzados me comprenderán.”

A mí, un escaso autodidacto, me eligió el inconsciente colectivo, me formó y procuró todos los medios para sacar al mexicano de su error y resentimiento –esa “baja pasión de pueblos decadentes y envilecidos”, execrada por Nietzsche en el siglo antepasado, pero aquí elevada a la altura del arte, de la poesía y filosofía: el “vivo rencor” (Juan Rulfo) de leit motiv de la cultura

nacional-; y he podido mostrar a mis paisanos, con apego a ciencia y razón, que dos son los arquetipos estructurantes de su personalidad, el de Tezcatlipoca y el de don Quijote; o al menos, tal era lo que yo suponía.

Conformismo, cortedad de miras y unilateralidad intelectual, son debilidades y vicios que el inconsciente no tolera de sus amanuenses y los castiga con neurosis severas, casi psicosis, si no trabajan y le sirven de sol a sol y de luna en luna en sus descomunales demandas y caprichos.

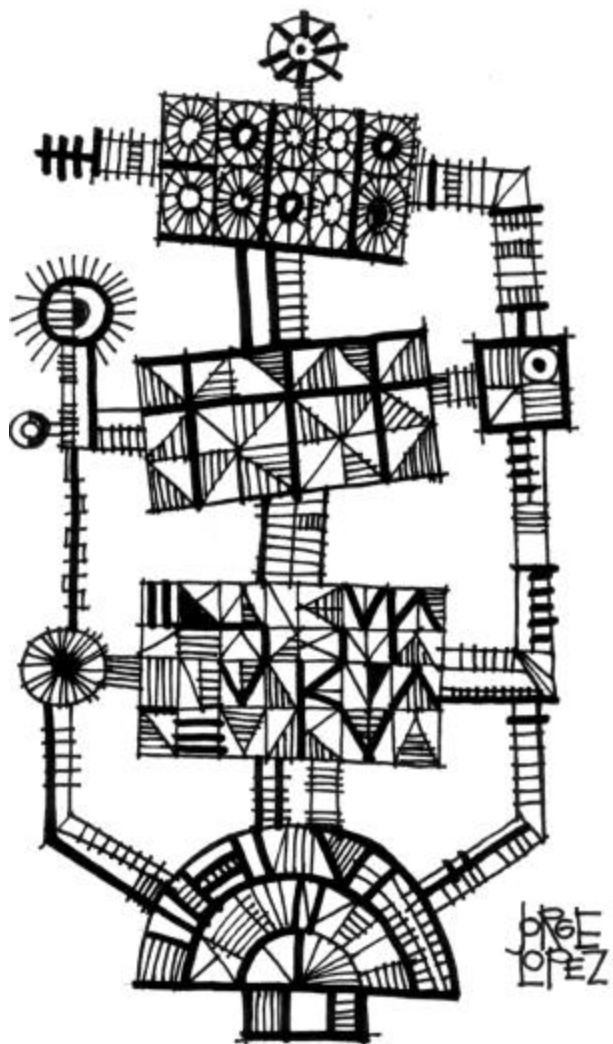
Con conciencia de la gran distancia, hice lo que Jung, quien soñó un texto en latín y no supo su significado:

Vocatus adque non vocatus, Deus aderit (“Se le invoque o no, Dios está presente”).

Al día siguiente, entre asustado y avergonzado, el maestro de maestros se puso a declinar rosa, rosae, etcétera.

Yo me puse a deletrear La raza cósmica y a pensar y repensar en la posibilidad de que más elementos integran nuestra identidad y reclamen lugar propio en el yo y la conciencia, junto con el indio, el español y el negro (“sobrepasaron en número los esclavos al de la población de criollos e hispanos durante el Virreinato y se fundieron con toda la población, hasta desaparecer como etnia particular”: Aguirre Beltrán), no obstante habiendo revisado el mito científico-tecnológico de José Vasconcelos y corregido su gazapo “racionalista” respecto del elemento catalizador anglo-sajón, pues el gen ario-indostánico y su equivalente en la psique, de hecho lo portaban ya los colonizadores de América, invadidos a su vez en el pasado por los visigodos y mestizados con ellos, de modo que sale sobrando su concurrencia para la “síntesis humana”.

Al fin, el buscado picaporte me lo proporcionó James Hillman, el más importante investigador de los sueños después de Freud y Jung y que ya había escrito acerca del tema de mi pesadilla, un motivo recurrente, de origen tal



Jorge López

vez alquimista y que en la Edad Media se consideró real y verdadero, como macabra ofrenda ritual de los hebreos a sus diablos, el asesinato de criaturas y la profanación de su cadáver.

Antes de su expulsión en el siglo xv y aun durante los dos siglos dorados, se escuchaba por todo España la misma barbaridad, espetada contra los judíos conversos, cristianos nuevos o “marranos”, remoquete que les endilgaron sus hermanos ortodoxos por incorporar a su menú los torreznos y torreznadas; o sea, lonjas y frituras de tocino, “duelos y quebrantos los sábados” ¡también para don Quijote de La Mancha!, el personaje-símbolo y orgullo máximo de la castellanería, estandarte del cris-

tiano vejestorio, honor de la hidalguía limpiada de la sangre de “moros e judíos”.

¿Qué insinúa con esto Cervantes?

¿Que el tal “Quijada, Quesada o Quijana” marrano era?

Como es sabido, duelos y quebrantos designaban los cristianos nuevos al repulsivo manjar, incluso para los nuevos cristianos de la tercera generación: “Viera vuestra señoría –se disculpa el sabio escrivario, Benito Arias Montano–, el jamón me sienta mal”...

Así pues, el inconsciente colectivo me impuso de nuevo la ingrata tarea de leer bibliotecas y hacer consciente nuestro pasado israelí, tal vez el más necesitado de tomarse en cuenta, pues a aquellos abuelos nuestros todo se les negó, patria, religión y ser.

“Son sujetos todo bullebulle –nos advierte Américo Castro de la amenaza que representan–, afanados por destacar, ocupados en criticar y subvertir el sistema vigente de estimaciones.”

Carne de nuestra carne, huesos y alma, desde el inconsciente nos azuza y lanza en contra de los españoles, atizando el rencor del indio por la sangre derramada, que no se olvida ni perdona; y en bola también enrolosados mestizos y criollos en una guerra de castas ya de mil 500 años que es sólo suya y de los moros.

De aquí, la necesidad de parlamentar con él, de reconciliarlo y ocupar sus talentos en mejor causa dentro de nosotros. Véase cuán peligroso y destructivo puede ser un neo marrano mestizo, como el subcomediante Marcos, poseso por el rencor: el sociópata y psicocida encapuchado de redentor, descristianiza y desmexicaniza a los indios con su propuesta de autonomía y con cambiar su mentalidad animista por el pensamiento marxista, tal como ha desquiciado y fanatizado a su estado mayor de chamulas en el culto a la personalidad, sustituyendo la veneración de su viejo chulel por la adoración del nuevo “apóstol de las Indias”.

No es en la “represión sexual” donde radica el origen de la “neurosis universal de la humanidad” (Freud), sino “en el racionalismo y la desacralización de la

Naturaleza y la desmitificación de la existencia” (Jung), pues la creencia en los seres sobrenaturales no son sino proyecciones del propio inconsciente, que al desacreditar con la crítica científica los objetos en los que se veía reflejado, invierte, pervierte y envenena las relaciones entre los hombres y las de éstos con su entorno.

Al saberse de su designación como obispo de Chiapas y para esconder por los cuatro costados su semitismo y parentesco con reconocidos “delincuentes contra la religión”, fray Bartolomé de las Casas hizo uso de la conjunción declarativa o (“o sea”) para que su apelativo se tomara “igual a”: Casaus, título usurpado por él a los señores de Canarias, perteneciente a un caballero que en 1224 acompañó a San Fernando en la primera gran guerra contra los moros; nombramiento que no es ni siquiera castellano, sino de la nobleza más antigua de Francia.

Y el abogar de oficio por los indios, sin beneficio para el defensor, se le ocurrió al ambicioso “capellán castrense”, por cuyos méritos en las incursiones y sometimiento de los taínos y la conquista de Cuba recibió dos buenos repartimientos, de los que, “muy arrepentido de vivir en el error”, pronto renunció públicamente de su encomienda, callando que aun la explotación de esclavos demanda mucho esfuerzo, trabajo y dedicación (sin mencionar el calorón y los mosquitos); y en estruendoso sermón inventó el indigenismo –como diría Andrés Bernaldez, cronista mayor de la marranería, para “impinarse [encumbrarse] e lozanía [orgullo] e vanagloria”; es decir, para medrar más y mejor, sobresalir e imperar más que los Austrias; y de paso, para vengarse de los eternos enemigos de su gente, como “indiano mesías”, “encomendero de los encomenderos” y creador de la “infame fama” y “negra leyenda” de España por su brutal conquista y colonización de América, imagen más creíble y duradera que la de su innegable misión civilizadora.

Son éstos los rasgos del genio y figura de los advenedizos neo cristianos:

“Todos venían de oficios holgados –de un plumazo, los pinta Bernárdez–... Nunca quisieron tomar oficios de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus hijos, salvo oficios de poblados, y de estar sentados ganando de comer con poco trabajo... Tenían presunción de soberbia, que en el mundo no había mejor gente, ni más discreta, ni más aguda, ni más honrada que ellos por ser del de las tribus e medio de Israel. En cuanto podían adquirir honra, oficios reales, favores de reyes e señores, algunos se mezclaron con hijos e hijas de caballeros cristianos viejos con sobras de riquezas [e] quedaron [más delante] en la Inquisición por buenos christianos e con mucha honra.”

Era la añoranza del esplendor y la grandeza milenaria de su casta (“corona e diadema de la hebrea transmigración”, suspiraba por Hispania el rabino Arragel) el motivo inconsciente que los impelía a la vindicta... y a la creación de obras maestras, para escarnio de los castellanos.

“Y su ánimo y su mente –concluye Castro– se tensaron hasta un punto que hoy nos asombra, con miras a sobresalir social, religiosa o intelectualmente, junto a los reyes y los grandes.”

Como uno de los padres de la mexicanidad, urgía componer una no autorizada biografía del antihéroe de más de dos caras –quizá la primera en arriesgarse aquí–, con base en documentación desconocida, hurtada en archivos de los dos continentes por un grupo de investigadores de diversa nacionalidad, que han puesto en vilo el humanismo “desinteresado” del padre Las Casas, sacando a relucir su egotismo exhibicionista, ambición de poderío y dominación imperial en su papel de “defensor y protector universal de los indios”; si bien de mi parte no condeno el fin por los medios en la obra de Fernando de Rojas, Santa Teresa, Miguel de Cervantes, Mateo Alemán y en otros hijos de conversos judíos; y menos aún, en el único ser sobre la Tierra que

trató de igual a igual a Carlos V de España y I de Alemania y se le impuso, le arrancó las Leyes Nuevas en defensa de los naturales, y aun consiguió se proscibiera –al menos por un tiempo– el régimen de encomienda; y por último, polemizó con los incompetentes críticos y negadores del valor y originalidad de su monumental Apologética historia sumaria, magnífico debut histórico de la etnología y la antropología descriptiva, fruto de su inventiva sin cuento también la “investigación de campo”, sin la cual y su don de lenguas no existiría la primera Weltanschauung de otro mundo, “cuanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, maneras de vivir e costumbres de



Felipe Posadas

las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales cuyo imperio soberano pertenece a los reyes de Castilla”.

3. ¿Raza cósmica o “cómica”?

No veo el término ni la conclusión a mi último libro, *Lo judío marrano del mexicano*. Arquetipos e identidad –hasta el momento, de más de 200 mil caracteres–, un estudio a profundidad de la grandeza y bajeza del con-verso peninsular y de su prole mexicana; pero en previsión de que su desenlace ocurriera en mí por achaques de la tercera edad, he culminado un resumen del mismo, de 70 mil caracteres, listo para publicarse.

Y dejo a otros la no menos ingente labor de integrar la herencia del negro y del moro en nuestra conciencia, invadida por “personalidades parciales escindidas”, o complejos de origen étnico, facciones secularmente enemigas entre sí, que mantienen una guerra intestina y sin cuartel, usándonos permanentemente de campo de batalla, desgarrados y escindidos, sin mismidad ni ser.

Y pues no vaya a suceder que la paz nuestra sea la de los sepulcros, con el burlesco epitafio en la lápida de Vasconcelos: “Aquí yace la raza cómica, por la que enmudeció el espíritu”, sarcasmo si no de Salvador Novo, de José Luis Ontiveros, un anarca bajo sospecha de la pepita de su árbol genealógico, germen del floreciente naranjo que perfumaba la sinagoga de Córdoba, en al Ándalus (hoy Andalucía), sembrada en Córdoba, Veracruz, por un talmudista torreznero y renegado de Yavé.

Se diría que de facto, aunque sin conciencia de ello –y ésta es la tragedia–, el actual hombre americano es portador ejemplar de la unidad de la diversidad humana (lo amarillo lo traemos de las migraciones asiáticas al través del Estrecho de Bering, al finalizar la época glaciaria).

Y su tan buscada y nunca encontrada originalidad –pese al ahínco que pusieron en ello los filósofos de lo mexicano y de lo americano–, acaso consista simplemente en esto: su conciencia, estructurada y determinada por los valores occidentales –el cristianismo, el racionalismo, el individualismo, la democracia y la libre concurrencia capitalista–, procesa sin embargo contenidos inconscientes no europeos, tampoco orientales, sino predominantemente autóctonos, pagano-precolombinos.

Y tal vez no se trata aquí más que de un experimento del inconsciente colectivo, de la Naturaleza o de Dios –según comulgue cada quien– para llegar a la reconciliación de todos los opuestos, con la emergencia de un símbolo unitario y de totalidad, válido universalmente, el esperado homo totus, quadratus vel rotundus (Jung).

La “ficción” de Vasconcelos no cuadra con el género de la utopía –sin lugar en el espacio–, sino que es una ucronía –fuera de tiempo–, pero que bien puede actualizarse en cualquier momento.

En algún apartado y miserable bohío de la América latina nacerá una hermosa criatura, de piel atezada y con los ojos de esmeralda, según su precognición.

Será el retorno de Simón Bolívar, la cristalización de todos los pueblos en una solo, el surgimiento de una nación de naciones y de una cultura de culturas.

Latinoamérica se convertirá entonces en “un foco de alta civilización” (Georges Baudot) y un nuevo Adán, tanto emocional como racional, salvará a la humanidad del imperio, y al imperio de sí mismo.

Y si no, de todas maneras la hispanidad guiará al mundo, porque en este siglo, o en el venidero, la población mexicana será mayoritaria en Estados Unidos...

“Si España su absoluto pasado, México es el absoluto presente de la hispanidad: el neo humanismo de la razón y la emoción reconciliadas”: Vasconcelos-Leonardo da Jandra.

Ciudad de México, julio de 2004